

## Partida

Y en la fracción de segundo que pasó tras el que sería su último beso supo que ya nunca más viviría, que se quedaría para siempre en aquella parada de autobús, viendo la vida pasar como un viajero en ruta de autostop al que ya nadie recogería. Alguien que quedó tirado sin mapa ni brújula que guiasen unos pasos que no tenían destino. Una vida sin destino y un cuerpo desalmado, desgarrado. Vio al cerrarse aquella puerta que no habría ni futuro ni presente ni un pasado, que no habría fecha ni hora ni lugar para vivir. Ya no habría autobuses en esa carretera que iba a ser su vida, que ante sus ojos se marchaba su rueda de repuesto, su pasaporte a la existencia, que ya no quedaban maletas ni equipaje. En ese instante supo que el aire que respiraba nunca volvería a ser suyo, que todo sabría a lágrimas y a recuerdo, que sus mañanas ya solo verían niebla y que las puestas de sol no le dejarían ver el horizonte, que desde la ventana ya no vería las mismas estrellas y que se había apagado la luz de su faro. Se quedó también allí, en la parada del último beso, la electricidad de la vida. El motor ya no arrancaba y el único taller se acababa de ir sobre las ruedas de un autobús. Y, apagado, esperó a que cambiara el semáforo para cruzar una calle que no le llevaba a ningún sitio.